

UNIVERSITAT DE
BARCELONA

EN DIÁLOGO CON LA CASA NATAL:
LA NECESIDAD DE VOLVER AL INICIO
PARA RESTITUIR LA PRIMERA RELACIÓN DE LA VIDA

ALUMNA:

JESSICA ALEJANDRA GAMBOA VALDÉS

TUTORA:

LAURA MERCADER AMIGÓ

MÁSTER LA POLÍTICA DE LAS MUJERES

UNIVERSITAT DE BARCELONA

SEPTIEMBRE, 2022

A mi madre Cecilia del Rosario

Mi abuela Zoila Rosa Amada

A Zoila Amada y Dorila, las madres anteriores

Con Amor y Gracitud

Contenido:

- Reconocer para Reparar
- Política enraizada, política autorizada
- Haciéndome lugar
- Desempolvando las habitaciones
- La madre sin libreta [1980]
- Mi espejo se ha roto
- La enfermedad y la muerte
- La Jardinera [2014]
- La carta [1996]
- La restitución
- Enraizada [2019]
- Bibliografía
- Imágenes. Mi Casa Natal

En diálogo con la casa natal: la necesidad de volver al inicio para restituir la primera relación de la vida

Reconocer para Reparar

Este trabajo que a continuación presento es fruto del proceso que he llevado a cabo como alumna del Máster La Política de las Mujeres de Duoda entre los años 2020 y 2022. Me gustaría destacar que tanto este trabajo como el del año pasado, realizado a cuatro manos con Zoila Rosa, mi abuela, al que llamé *El hilo de la vida, hilando las relaciones con la raíz materna*¹ son mi gesto simbólico, en tanto que político, de restitución del Simbólico de la Madre. Traerlo de vuelta a mi vida significó reconectarme con las relaciones vitales o relaciones sin fin que hicieron posible mi permanencia en el mundo.

Durante el trabajo creativo que hice con mi abuela pude reconocer que *Hilar y Tejer* lo han hecho siempre las mujeres, con la palabra, con los gestos de amor y con las prácticas de recreación de la vida que, silenciosamente, humanizan y civilizan, sin guerra. De este proceso creativo nacieron las obras *lienzo y libro de la artista*². La primera, como texto/tejido y, la segunda, como imagen. En ambas se expresa lo genuino de la lengua materna.



Manos de Zoila Rosa Amada, mi abuela. Junio, 2020.

¹El trabajo está bajo mi cuidado. En el mes de abril de 2022 realicé una exposición con los bordados. Una amiga de la Patagonia Diana Carla y mi prima Daniela, crearon para visualizar los bordados realizados por mi abuela un blog <https://hilandolavidaenrelacion.blogspot.com/>

²Quiero mencionar especialmente a la profesora Donatella Franchi por acoger mi propuesta e invitarme a re-mirar y re-significar el concepto de “arte” y de “artista”, y saber que las prácticas artísticas femeninas no dejan fuera el sentir en la creación, como tampoco las relaciones que conllevan el proceso creativo. Me inspiré en su propia obra dedicada a su madre Clotilde.



Cada momento de este hilar juntas me toca profundamente, pues recuerdo cómo se desvelaron muchos sentires y aquellos nudos que nos afligían el alma. Cada una siguió el camino de vida siendo otra, porque algo se había movido y desplazado adentro. Nos hallamos en la hondura y en el misterio que es de origen femenino, misterio que está siempre en una misma.

“Lo profundo es siempre lugar de origen; donde cada vez nuestra vida se vuelve original, propia. Es lo nuestro, no es teórico ni sólo cultural y cada vez nos permite volver a vivir transformadas. Una situación reveladora y que desvela algo, a veces algo sumergido pero vivo, que estaba allí esperando nuestro descenso para despertar”³.

En este andar profundo pude desentrañar la necesidad de restituir la relación con mi madre concreta, con la mujer que me dio la vida y, junto con ello, el cuerpo y la palabra. Con eso basta para saber amarla, afirma Luisa Muraro⁴, sin desconocer o pasar por alto las dificultades y sombras de nuestra relación.

Mi madre y mi abuela han muerto. Cecilia en 2014 y Zoila en el mes de marzo del 2022. Sin embargo, y aun con la tristeza a cuestas, he descubierto que nombrar y hacer visibles los vínculos que tenemos con las mujeres, sean de nuestra genealogía natural o simbólica, me provoca felicidad y goce.



³Cita de Antonieta Potente “La experiencia mística como andar profundo”. p.1. Asignatura: Mística: experiencia del andar profundo.

⁴ Muraro, Luisa, El orden simbólico de la madre. p. 17-36.

Para el trabajo del segundo año del máster me he inspirado en la idea de Casa Natal⁵ desarrollada por Laura Mercader Amigó, idea que evoca la relación con la madre en un sentido metonímico y no metafórico, dado que la metáfora sustituiría a la madre convirtiéndola en objeto o en una cosa. En cambio, con la metonimia se pone de relieve la experiencia que cada hija (o hijo) tiene con su madre concreta, sobre todo por su carácter relacional que la hace permanecer viva y, a la vez, susceptible de significación. Luisa Muraro indica que el simbolismo no metafórico de la madre tiene lugar en la infancia, “adoramos a la madre y todo lo asociado a ella (...) desde el sonido de su voz hasta el olor de su piel”.⁶ De modo que es simbólico lo que la madre significa para cada hija. Por ello sostiene que las metáforas y símbolos maternos crean un “paralelismo entre la vida natural y la cultura” al enarbolar la obra materna y el nacimiento, pero sin valoración social en las vidas de las mujeres de carne y hueso, en consecuencia, surge la dificultad de un reconocimiento genuino del principio materno⁷.

Con miras a la casa natal quise ponerme en diálogo⁸ con las imágenes de mis recuerdos, a través de un recorrido visual, dada la relación “bidireccional entre la experiencia visual y verbal”⁹, puesto que “en la experiencia visual entra en juego la lengua [porque] necesitamos de las palabras para hablar de las imágenes, las imágenes nos permiten elaborar lingüísticamente el pensamiento”¹⁰, plantea Laura Mercader.

En correspondencia con lo anterior, decidí colocarme simbólicamente en una habitación real de la casa de la abuela, habitación que enlaza la relación entre mi madre y yo, en que rescato tres momentos: mi lugar de cuna, mi cuarto propio y donde mi madre pasó sus últimos meses de vida. Me hice acompañar por las fotografías que conservo y, especialmente, por las palabras contenidas en una carta que me dedicó a los 16 años.

5Mercader Amigó, Laura. “La genealogía femenina de la casa natal”. DUODA: estudios de la diferencia sexual, 2017, N°. 53, p. 72-85.

6 Muraro, Luisa, El orden simbólico de la madre, p. 20.

7 Ibidem. p. 103.

8Proviene del latín dialogus que, a su vez, viene del griego diálogos y está formada por el prefijo dia=a través de- y logos= palabra, a través de la palabra. <http://etimologias.dechile.net/?dia.logo>

9Cita del texto “Política visual de la autoridad. El origen materno de la visión”.p.8. de la asignatura del máster de Duoda: Política sexual - Política Visual.

10Ibidem.

Durante este diálogo desperté algunos de los fantasmas que merodeaban la casa, los que me provocaron unos cuantos desvelos y muchas lágrimas, las cuales traslucieron los vestigios de una relación ensombrecida con la madre. Wanda Tommasi plantea que, aun cuando la relación con la madre haya sido una relación difícil e incluso tremendamente dolorosa, puede ser reparada al reconocer autoridad en otra mujer, por ello insiste en que es una práctica o una postura y no un sentimiento¹¹, señalando que lo oscuro o negativo de la relación con la madre no puede ser expulsado ni negado, por el contrario, debemos tenerlos presentes para saber su alcance en nuestras vidas al “dar voz a la sombra de lo materno”¹², de ese modo, sería posible sanar las heridas que han ocasionado. En concordancia con lo dicho, al identificar las sombras de nuestra relación, puede comenzar a desamarrar aquellos nudos presentes en mi vida de adulta o, al menos, sentir que se han holgado lo suficiente como para darme un gran respiro.

Política enraizada, política autorizada

Retornar a la casa natal fue el camino que intuitivamente tomé al reconocer autoridad femenina en otra mujer, en Andrea Franulic, con quien tengo una relación dual sostenida con amor, pues hoy más que nunca, en el final del patriarcado, las mujeres sabemos que las relaciones no cunden sin amor y sin el placer de estar en relación. Con Andrea comenzó mi acercamiento al pensamiento feminista de la diferencia¹³, sostén simbólico para nuestra práctica política, política relacional en Feministas Lúcidas¹⁴. Una de las primeras cuestiones que me interesaron de la política

11Tommasi, Wanda. “Difíciles ganancias de libertad a la sombra de la madre”. DUODA: estudios de la diferencia sexual, 2020, Núm. 59, p. 48-61.

12ibídem. P.49.

13Las primeras lecturas que tuve a mano fueron de las Mujeres de la Librería de Milán “No creas tener derechos”, traducción al español (1991); Lia Cigarini “La política del deseo” Traducción al español. (1996). Con estas lecturas y, luego con otras, aprendí que la política de las mujeres, política primera, política relacional, política del simbólico colocan especial atención en las relaciones duales entre mujeres nombrándolas a través de figuras de intercambio como el Affidamento o la Contratación, figuras que se sostienen en la disparidad, el deseo y la confianza, haciendo circular la autoridad. El reconocimiento de autoridad entre mujeres apuesta por la libertad femenina que se da siempre en relación sin fin, como las nombra María-Milagros Rivera, es decir, por el gusto de estarlo, sin instrumentalización.

14Nace como un club de lecturas feministas en 2014. También hemos experimentado los conflictos y las separaciones, pues cuando la circulación de la autoridad se trunca, y hay un rechazo de la disparidad, se desbaratan las relaciones en los grupos. Algunas de las que estamos nos hemos abierto a nuevas relaciones, también fundamos una página web y la biblioteca itinerante. Actualmente seguimos con los ciclos de lecturas.

de las mujeres inaugurada en el último tercio del siglo XX por las feministas de la diferencia sexual en Italia, fue la práctica del partir de sí, práctica que hace simbólico de la madre cuando una mujer se pone en juego para encontrar su propia voz, porque nace de la experiencia propia y singular que dice o llega a decir lo que parecía indecible e impensable. Esto me hizo comprender que el lenguaje del poder, de las ideologías y su política sexual masculina, enmudecían nuestras verdades.

Varios años después he seguido profundizando -en y con- el pensamiento libre de las mujeres y con la práctica del partir de sí como alumna del Máster La Política de las Mujeres de Duoda, a través de los preciosos e invaluable intercambios que he tenido con algunas profesoras, también con otras mujeres que han llegado a mi vida con su lucidez y amor¹⁵. A estas mediaciones femeninas, a cada una, en disparidad, le debo en parte, la reparación y la restitución simbólica de la relación con mi madre. Me gustaría mencionar que, en la simpleza de este gesto, reconozco la grandiosidad de la autoridad femenina porque se siente y se vive como genuina, pues solo la que la reconoce sabe cuál fue la ganancia.

Haciéndome lugar

“Al nacer, es como si entrase en un tejido de significados pensado para ella y, por tanto, no está dispersa en el mundo en un lugar cualquiera sino en un tejido simbólico imaginado por la madre.”¹⁶

Cuando pienso la casa materna me traslado de modo casi instintivo hacia la casa donde crecí, en el pasaje *Los Chercanes*. Es una vivienda sencilla adquirida a fines de la década de los sesenta por el abuelo Adolfo, el marido de mi abuela Zoila. A esa casa llegaron a vivir con sus 4 hijas y 2 hijos. Cecilia, mi madre, la tercera de las hijas por entonces tenía 8 años. Las imágenes de mi memoria que rememoran este lugar son imágenes femeninas. En ellas aparecen mi



15 Las amigas de Tijuana Monse y Marita, la querida y lúcida Carmen Martín Rojas y, especialmente a Ana Mañeru Méndez, una preciosa casualidad de la vida.

16 Zamboni, Chiara, “La vía simbólica en la relación materna y el cortejo de las imágenes del ((yo))”. DUODA: estudios de la diferencia sexual, 2000, N°. 19, p. 89.

abuela Zoila, mi madre y mi tía Ana, cada una con sus modos de ser, de vestir y de hablar. Por esa simple razón, a esa casa la simbolizo como tal. Laura Mercader plantea que la casa natal es la relación con la madre (o quien esté por ella)¹⁷, en tanto primera morada, matriz nutricia y nexo primigenio de la vida de cada criatura traída al mundo. Mientras que la casa, como espacio material, es secundaria, pero no por ello de menor importancia, pues las casas son parte del tejido relacional que las hacen ser habitables y humanizadas o, a veces, terribles. Lo importante es saber distinguir que “Ni las casas no son madres, ni las madres son casas: las madres hacen posible las casas”, continúa Laura: “la casa natal solo es la madre por transferencia metonímica. No es metáfora de la madre, no es su sustituta sino su memoria: la recuerda y, por la imagen del recuerdo o del sueño, la revive.”¹⁸

En ese sentido, la casa natal como recurso metonímico hizo posible el diálogo con la madre, la mía, personal y única, tal y como dice el popular refrán: *Madre hay una sola*. Verdad de la lengua materna que circula libremente porque está *vivita y coleando*, como otro dicho lo recuerda, porque es lengua viva que hace que, para cada hija (o hijo), la madre sea única. Agradecer los dones que recibimos de ella -el cuerpo y la palabra- es saber reconocer la obra de amor, la que resulta ser al mismo tiempo impagable.

A mi madre le gustaba hablar de sus maternidades, fue su manera de convidarnos a cada una de sus hijas e hijo el inicio de nuestra vida. La oímos una y otra vez decir cuánto pesamos, a qué hora nacimos y qué tipo de parto tuvo. Por eso sé que nací en el hospital parroquial de San Bernardo, mismo hospital en el que 50 años antes había nacido mi abuela Zoila. Yo nací casi a las 7.30 de la mañana y pesé aproximadamente 3 kilogramos. Fue un parto primerizo y sietemesino por cesárea. También me dejaron algunos días en una incubadora para que terminaran de madurar mis pulmones. Siempre mostraba su barriga con la enorme cicatriz y bromeaba con que era mi marca, la que le hacía recordar todos los días que por ahí había nacido su primera hija. Los otros partos fueron naturales, excepto el de Araceli, ya que según la ginecología masculina tuvieron que realizar un parto fórceps para salvar a la criatura.

17 Muraro, Luisa, El orden simbólico de la madre, p. 53-88.

18 Mercader Amigó, Laura. “La genealogía femenina de la casa natal”. DUODA: estudios de la diferencia sexual, 2017, N°. 53, p. 74.

A las semanas de haberme parido, la leche de mi madre no me satisfacía por completo, por esa razón, comenzaron a darme rellenos o suplementos alimenticios hasta que ya no produjo más leche. Ante ese hecho, mi madre se esmeraba en dejar en claro su preocupación por darme la mejor alimentación. Mencionaba unos suplementos vitamínicos, jugos de zanahoria, entre otras cosas. Eso explica el porqué era habitual que durante mi infancia tomara fórmulas de calcio para compensar la ausencia de la leche materna.

Presumía de los atuendos maternos que confeccionó a su propia medida y gusto. La vi luciendo sus creaciones en sus últimos embarazos. Para elegir mi nombre, al igual que como lo hizo con mis hermanas y hermano, organizaba una lista con nombres solo en femenino, de hecho, expresaba sin complejos que no deseaba tener hijos varones y que su preferencia eran las niñas, por eso, nunca dudó que yo lo sería. De esa manera, mi madre intentaba hacerme saber lo genuino de su amor por mí. Buscaba complicidad en mi abuela Zoila para que creyera en su palabra, ¿cierto, mami?, preguntaba. Sí, respondía mi abuela y lo atestiguó siempre. El año pasado, mientras hilábamos, me contó que mi madre no paraba de engalanarme, que mientras estaba embarazada comenzó a tejer trajecitos de hilo preciosos y de cómo se esmeró en tener la cuna que deseaba, una cuna de mimbre que adornó completamente con blondas blancas. Con sus hijas e hijo fue muy dedicada. Era implacable con la higiene y gustaba de sorprendernos con las comidas. Todo lo que sé de limpieza y cuidados lo aprendí de ella. Mi madre tenía mucha gracia para embellecer los espacios, le encantaba pintar, crear fundas para los muebles y hermohear con plantas. La casa brillaba, literalmente.

Estos recuerdos en particular me han dado la certeza de que mi madre creó una *cuna simbólica*¹⁹ o un *lugar psíquico*²⁰ para mí dentro de sí, al mismo tiempo que organizó y embelleció la pequeña habitación de la casa, fundando y simbolizando con estos gestos la casa natal. Luce Irigaray advierte que la relación entre la madre y el feto se inaugura en la vida intrauterina, relación nutricia cuyo órgano mediador y fundador es la placenta. Esta advertencia señala que es la primera casa.

19Tomo este concepto de la psicoanalista Piera Aulagnier contenido en el artículo de Zamboni, Chiara. “La vía simbólica en la relación materna y el cortejo de las imágenes del ((yo))”. DUODA: estudios de la diferencia sexual, 2000, N°. 19, p. 89.

20Tomo este concepto de la psicoanalista Cristina Fanccani contenido en el artículo de Mercader Amigó, Laura. “La genealogía femenina de la casa natal”. DUODA: estudios de la diferencia sexual, 2017, N°. 53, p. 79.

Desempolvando las habitaciones

(Desvelo de agosto, 2022)

Dejé la casa

Las habitaciones seguían intactas

Era como si ellas me habitaran

Por más cerrojos

Por más sucedáneos

Todo permanecía inamovible

Lejos de casa me creía viviendo mi aventura

Y no podía dar un solo paso

O los daba en falso

Dormida la lengua

La palabra des-enraizada

Volver al inicio

A mi casa natal

Desempolvando

Abriendo ventanas

Limpiando los vidrios

Dejando entrar el aire y los rayos de luz

Reparando las esquinas - Las trizaduras

Pintando los muros con mis propias manos

Colmando de amor cada pared

Madre, ¿cuándo vienes a visitarme?

La madre sin libreta [1980]

Debo haber tenido unos 11 años cuando presencié una discusión entre mi madre y su hermana mayor. En esa oportunidad esta tía le recalcó con extraordinaria vehemencia que tuvo a sus hijas CON LIBRETA, en referencia a su estado civil de mujer casada o, mejor dicho, de mujer vaginalizada. Jamás olvidé cómo exhibía una pequeña libretita de papel como garantía y sello del contrato sexual. Ante esos dichos, mi madre siempre afirmó que prefería ser una mamá soltera antes que una mujer maltratada. Por muchos años nos vimos expuestas a la humillación y al ninguneo, ya que, ante los ojos ajenos, esta situación resultaba indignante, especialmente a esta tía le enfurecía que en nuestra casa no hubieran esposos ni padres y que a mi madre no le quitara el sueño. Mi abuela Zoila nos protegió y defendió siempre, se lo recriminaron hasta los últimos días de su vida, sobre todo su preferencia explícita hacia mí.

Mi madre me dio a luz a los 21 años y, ciertamente, en aquellos años ser madre soltera arrastraba consigo un estigma que no solo recaía sobre la mujer, sino que sobre la criatura nacida de ella. Parecía no importarle, pues cuatro años después nacería su segunda hija y, posteriormente, otra niña (1991) y un niño (1997), frutos de una relación de más de veinte años que tuvo con un hombre casado que le doblaba en edad. Jamás tuvieron una vida compartida, sin embargo, la presencia de este hombre comenzó a instaurarse como medida y orden de las cosas a través de la voz de mi madre, lo cual me generó desconfianza y, con el tiempo, una profunda tristeza, albergándose en mí una desafección insospechada que perduró más allá de su muerte.

Mi espejo se ha roto

El juicio ajeno sobre mi madre comenzó a hacer eco en mi sentir, el cual se manifestaba en mi constante cuestionamiento, pues ante cualquier cosa, por diminuta que fuera, la confrontaba y nos peleábamos. Fue la manera que encontré para sentirme segura y ocultar mi necesidad de ella. En algunas ocasiones hasta dejamos de dirigirnos la palabra. Para sobrellevar estas situaciones decidí tratarla con mayor indiferencia, aunque en el fondo y pese a mi hostilidad e indiferencia, deseaba que recapacitara y se diera cuenta de que me estaba perdiendo. Me sentía confundida, no lograba

comprender cómo una madre podía llegar a ser cruel con su hija. Fue tal el desorden, que llegué a experimentar los sentimientos más terribles y dolorosos.

En aquellos años de mi juventud en que más me agobiaba la relación con mi madre podía pasar horas frente al espejo. A veces veía correr las lágrimas por mi rostro hasta quedar con los ojos hinchados y enrojecidos. Hice del espejo mi refugio, un estar conmigo misma. Dejé de preguntarme por el vínculo madre-hija una vez que ingresé en la atmósfera universitaria, entonces, esta institución me hizo de espejo. Sin embargo, la sensación de inadecuación no desaparecía. Me ocurrió que leyendo sobre la violencia hermenéutica o clitoridectomía simbólica²¹ para un ejercicio de una asignatura del máster pude ponerle nombre a esa inadecuación. Lo sé porque he tomado conciencia de la ausencia del simbólico de la madre y, más que eso, he sentido el llamado de las entrañas.

“... Jamás antes había vivido la sensación de estar leyendo y que mi cuerpo se sintiera abierto, no sé cómo decirlo, era una sensación de estar expuesta al sentir con una especie de dolor, pero no sufrimiento, ¿esto es lo que llaman el sentir de las entrañas?, mientras esto sucedía, me pregunté simplemente, cómo pude sobrevivir todos estos años en la ausencia del simbólico de mi madre que, sin darme cuenta, acepté al entrar en la universidad con la idea de “ser alguien”, sin cuerpo ni origen, solo fiada en la promesa moderna de que, con la educación institucionalizada, podría obtener valor social para vivir y existir, sobre todo que, siendo una mujer, no quería ser como mi madre que ni siquiera había terminado la educación secundaria”²².

La enfermedad y la muerte

Desde que mi madre recibió el diagnóstico el año 2013 hasta su fallecimiento pasó poco más de un año. Fue un proceso muy difícil, no solo por su progresivo deterioro de salud, sino que por los conflictos que se suscitaron con algunas personas de la familia, a propósito de los cuidados que mi abuela dio a su hija desahuciada y que me llevaron a hacer rupturas radicales.

21 La asignatura “Sexualidad y la política”, impartida por María-Milagros Rivera Garretas, autora del libro El placer femenino es clitórico. Capítulo 2, p.45-71.

22 Extracto de mi ejercicio que respondía a la pregunta “¿Has sufrido violencia hermenéutica?”.

No pude esquivar los sentimientos de culpa por no haber estado más pendiente, pese a que mi abuela me lo dijo, pero la verdad es que a esas alturas acercarme a mi madre era una imposibilidad declarada. Las veces en que lo intenté, perdía rápidamente la paciencia, me estresaba su hábil manera de eludir los temas, inclusive, en algunas ocasiones, terminé la conversación con gritos y portazos.

Todo empezó por el año 2010 con una leve molestia en uno de sus ojos a la que no quiso prestar atención hasta perder la vista casi por completo. Veíamos cómo se daba tumbos contra las paredes, pero aun así, lo negaba. Apenas le mencionábamos el asunto se colocaba a la defensiva, rechazando cualquier intento de intervención médica, siempre fue esquiva con la medicina tradicional. Esta actitud hacía resurgir en mí la desconfianza que se me fue instalando respecto de su palabra, por eso, le pedí a mi abuela que no me mencionara más el asunto. Entre tanto, me preguntaba por qué mi madre me colocaba nuevamente en este lugar de fragilidad.

Comenzó a pasar gran parte del tiempo en la habitación y había perdido bastante peso. En algunas ocasiones, me asomaba en silencio y la observaba con su mirada perdida entre esas cuatro paredes. Algunas veces no puedo evitar pensar en cómo hizo para afrontar consigo misma la enfermedad, solo recuerdo que la invadió un sentimiento de profunda soledad, lo decía constantemente. La convencí, no sé cómo, para que accediera a una evaluación médica. Sin embargo, me dejó muy en claro que lo hacía por nosotras, para que volviéramos a fiarnos de ella. Así fue como un examen de resonancia magnética arrojó, por fin, una certeza al confirmar que tenía un tumor cerebral. Dijeron que era una masa demasiado grande y su ubicación muy compleja, por tanto, no había modo de abordarlo. Con gran esfuerzo alcanzó a estar una semana en el hospital, pero se negó a realizarse más estudios. Mi madre era una mujer muy determinada, esta vez no fue la excepción. Tomó las riendas de su vida y decidió irse a casa. Durante el trayecto tomó mi mano, yo me dejé. Me preguntó si era feliz, le dije que sí. Seguidamente comenzó a hablar de lo orgullosa que se sentía de mí, que lo único que le importaba era que estuviera bien. Nos fuimos de la mano todo el camino. Al llegar a casa abrazó a mi abuela y lloró con ella. Jamás dejó de agradecerle y decirle cuánto la amaba, a nosotras sus hijas, e hijo, también.

Un día que la visité estaba muy triste, le pregunté si acaso le daba miedo morir, dijo que no, que en realidad su tristeza era por no vernos. No tuve palabras, solo tomé su mano aguantándome el llanto, con un gran nudo en la garganta. Espero que las imágenes de su memoria le hicieran compañía, tal como me acompañan a mí hoy.

La madrugada del 7 de octubre la vida de mi madre se fue apagando lentamente hasta que murió. Fue el mismo día de su nacimiento, a los 56 años, ¿coincidencia? Había transcurrido casi una semana desde que tuvo la última crisis. Unas semanas antes, habíamos estado en la playa, allí comenzó a sentirse muy mal. Una vez que regresamos, decidí quedarme a su lado todo el tiempo que fuese necesario. Me instalé en el piso de la pequeña habitación, a un costado de su cama con un saco de dormir. Algunos días previos a su muerte y, por efecto de la morfina, entró en un sueño profundo del que jamás despertó. Ninguna de nosotras en ese momento tenía la conciencia de que todo sería tan rápido.

Esa madrugada intuí su muerte, porque fue una noche distinta, estuvo inquieta. La tomé de la mano y sentí que me respondió.

Todo se prolongó hasta aproximadamente las 14 horas.

Me despedí de ella con un abrazo. Le di las gracias como un impulso vital de mis entrañas.

La Jardinera [2014]

La Jardinera es una de mis canciones favoritas de la cantora Violeta Parra. La aprendí en la escuela. A mi madre le gustaba oírme cantar, desde niña me incentivó, junto con mi abuela, a relucir los talentos. Es una canción de despedida del amor de la vida de la autora que hace un desprendimiento y sanación a través de un jardín de flores y de plantas medicinales. Para mí fue la canción de despedida con mi madre. La canté para el día de su funeral y de su entierro. Mi hermano Felipe tocó la guitarra. Donde sea que la escucho, me acuerdo de ella. La convertimos en nuestra canción. A veces, mi abuela me pedía que la cantara, era su forma de recordarla. El último fin de semana que pasamos juntas, la cantamos.

“Para olvidarme de ti
Voy a cultivar la tierra
En ella espero encontrar
Remedio para mi pena.”

Y si acaso yo me ausento
Antes que tú te arrepientas
Herederás estas flores
Ven a curarte con ellas.”

Reconocer a mi madre simboliza para mí cultivar la tierra. Desde hace varios años que tengo un jardín donde cultivo plantas, flores y algunas hierbas, una práctica que aprendí de ella en la infancia. Mi amor por las plantas me hace sentirla cerca.

La carta [1996]

De esta carta puedo decir que es una de esas casualidades que suavizan el alma. Mi madre dejó su palabra escrita dedicándome su amor.

Podría no haberse escrito nunca. Al recibirla me llevé una gran sorpresa. En ese tiempo me provocó un enojo tremendo, pues ante mis ojos me pareció superficial. No recuerdo bien si se la devolví o no, la cuestión es que aquella carta permaneció en una caja, junto con algunas fotografías, tarjetitas, agendas, cassettes, etc., de mi juventud por más de 20 años.

¿Pude haberme deshecho de ella? - sí y, sin embargo, la conservé.

El año pasado la recuperé desde la misma cajita de cartón que quedó guardada en la casa de la abuela. Me dispuse con la apertura de amor que tengo hoy a releerla.

Las palabras de mi madre me hablaron, vinieron como eco y me susurraron al oído...

En estas palabras mi madre custodia su lugar y el mío - ser ella la Madre, y yo, la Hija- la disparidad primera dicha con palabras simples como es la lengua materna, dando sentido de verdad y de veracidad, volviendo a ser la medida del mundo. Del mismo modo, puedo interpretar en estas palabras el deseo de independencia simbólica para la hija.

Hija:

Tú no sabes cómo te quiero, desde el 1° día que tú naciste.

Yo quiero lo mejor para ti

Todo lo que tú quieras que sea lo mejor para ti

Te quiere con todo el corazón

Tu Mamá

La restitución

Al iniciar el trabajo sobre la casa natal me apremió la necesidad de otra palabra que hiciera ligadura para decir la experiencia de reconocimiento de mi madre. Fue así que vino a mí la palabra Diálogo al recordar un lúcido y hermoso texto de la filósofa Diana Sartori²³ que leí el año pasado como parte de su asignatura. En este escrito ella, la autora, abre un diálogo con su madre testimoniando que es un diálogo sin fin, porque está en el inicio de nuestro aprender a hablar y que, al darnos la madre la lengua, también nos da las palabras para traer al mundo el mundo²⁴, pero que, de todas formas, trasciende a esa contingencia. Al concluir el texto, lo afirma: “El diálogo, *dia-logos*, viene antes del logos. Es, por una parte, su estructura constitutiva y, por otra, lo trasciende”²⁵. En este mismo artículo, señala una distinción entre la naturaleza de la autoridad materna (el vínculo) y los

23 Sartori, Diana. “Vínculo sin legado, diálogo sin fin”. DUODA: estudios de la diferencia sexual, 2002, N° 22, p. 57-74.

24 Título de un libro de la comunidad filosófica Diótima.

25 Sartori, Diana. “Vínculo sin legado, diálogo sin fin”. DUODA: estudios de la diferencia sexual, 2002, N° 22, p. 70

contenidos (el legado) de la relación con la madre, que en mi experiencia fue iluminadora para reconocer su don y saber amarla²⁶. Esta distinción, como mencioné antes, me permitió desentrañar algunas cuestiones que quedaron como herencia y que se habían transformado en sentimientos perturbadores, incluso mientras su vida se acortaba. De igual forma, la seguía recriminando, porque estaba enganchada en los contenidos y contingencias de nuestra relación, por tanto, el nudo primordial de mi vida no lograba desenredarse.

De la relación con la madre se habla casi nada o muy poco en los espacios de mujeres que se hacen llamar feministas, por lo general, no se considera un tema de relevancia para la política feminista, por el contrario, hablar de la madre provoca bastante molestia y rechazo, sobre todo en la actualidad con las políticas de la identidad que persisten en negar a la madre como origen de todo nacimiento, de todo saber y de la lengua que hablamos. Sin embargo, la práctica política de la relación que reconoce la autoridad de la madre es ya política. En ese sentido, colocar en el centro la relación originaria y elemental de la hija con la madre para darle existencia simbólica hace posible corregir el matricidio sobre el que se fundó la civilización patriarcal que Luce Irigaray²⁷ explica y describe con lucidez, destacando, al mismo tiempo, la necesidad de recuperar las genealogías femeninas para crear una cultura de identificación positiva entre mujeres por fuera de las codificaciones del orden socio-simbólico masculino.

En este recorrido he visto -con la visión- la autoridad femenina y el simbólico de la madre al estar conectada con el propio sentir. Ha sido un ir y un encontrar impredecibles, porque son revelaciones de las entrañas, verdades a las que tantas veces me negué a oír por miedo a la propia escucha. Me llené de palabras prestadas que ahuyentaron las propias, provocándome un ruido ensordecedor. Es por ello que, al ir repasando los pasajes de la vida de mi madre e ir desempolvando las habitaciones de la casa, fui desplazándome de aquellas interpretaciones que había aceptado como legítimas al separarme del simbólico de la madre, sin embargo, aunque verosímil, no eran verdaderas, esto lo aprendí con las profesoras de la práctica de la historia viviente, especialmente, con un texto de

26 Muraro, Luisa, El orden simbólico de la madre. Capítulo 2 “Saber amar a la madre como sentido del ser”, Capítulo 3 “La palabra, don de la madre”.

27 Conferencia sobre salud mental: Las mujeres y la locura, (1980) “El cuerpo a cuerpo con la madre”.

Marina Canal²⁸, el cual tocó una fibra muy fina de la relación con mi madre respecto a la negación ante la enfermedad y la dificultad que tuve para entender sus decisiones ante la vida las que, desde una mirada de la miseria, jamás hubiese logrado ver como gestos de libertad. Mi madre me enseñó que una mujer siempre está más allá de las colocaciones sociales, lo cual me permite sentir y traer a mi vida de adulta la libertad femenina²⁹ que se descubre a través de la práctica de la disparidad, reconociéndola en otra mujer, aunque, para practicarla genuinamente se debe antes reconocer la relación primera de autoridad y de disparidad con la madre. Como dice Luisa Muraro “... no sitúo el principio materno fuera de la historia: mi historia comienza con la relación con mi madre. Pero sí lo sitúo por encima de las autoridades y de los poderes”.³⁰

Me he visto a través de ella en distintos modos y momentos, por eso, hoy tengo la certeza de que la escritura que nace de mi experiencia se enraíza con la lengua materna, lo percibo en la interpretación que hago de mis procesos personales al sentir amor y placer, pues mientras más sé distinguir entre el sentir placer del deber sentirlo puedo crear de forma libre, fiada en mi casa que es de raíz femenina.

Enraizada [2019]

En el agua del vientre

Una semilla flota

Revuelve la vertiente donde germina y crece

Entre las raíces busco la lengua materna

Como la luz del primer día

Esa huella imborrable de nacer de mujer

Sé que no estás en los cielos

28En Minguzzi, Laura, Tavernini Luciana y Santini, Marina “La práctica de la historia viviente”. 2019. Canal, Marina, “Una herencia difícil”, p.34-38.

29Descubrimiento de Lia Cigarini que afirma que la libertad es sexuada.

30 Muraro, Luisa, El orden simbólico de la madre, p.103

Sentada al lado de ningún dios todopoderoso

Estás en la carne que soy

De origen femenino

La medida del mundo

Entre la tierra y el cielo.

Referencias

- Canal, M. (2019). *Una herencia difícil*. En: Minguzzi, L., Tavernini, L. y Santini, M. *La práctica de la historia viviente* (pp.34-38).
- Irigaray, L. (2022). *El cuerpo a cuerpo con la madre*. México: Paradiso editores.
- Mercader, L. (2017). *La genealogía femenina de la casa natal*. *Revista DUODA Estudios de la Diferencia Sexual*, (53), 72-85.
- Muraro, L. (1994). *El orden simbólico de la madre*. Madrid: Editorial Horas y Horas.
- Rivera, M. (2020). *El placer femenino es clitórico*. Madrid y Verona: Colección A Mano. Edición independiente.
- Sartori, D. (2002). *Vínculo sin legado, diálogo sin fin*. *Revista DUODA Estudios de la Diferencia Sexual*, (22), 57-74.
- Tommasi, W. (2020). *Difíciles ganancias de libertad a la sombra de la madre*. *Revista DUODA Estudios de la Diferencia Sexual*, (59), 48-61.

Imágenes Mi Casa Natal



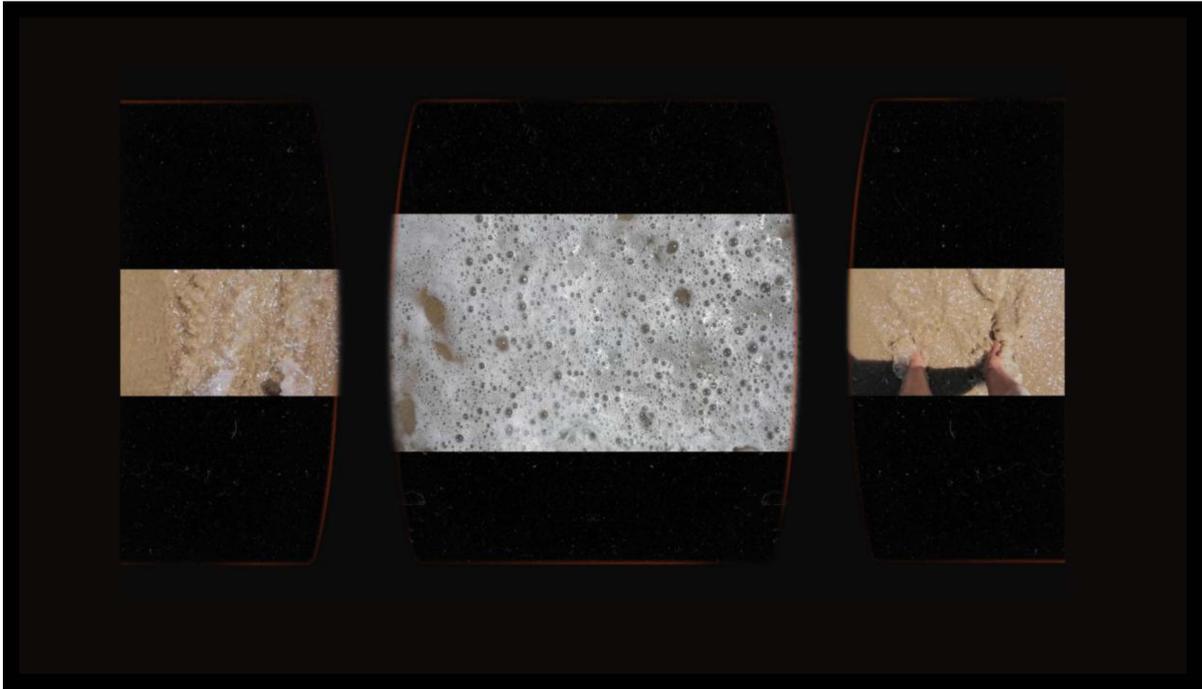


1976

Mija:

Tu no sabes como te quiero desde
el 1º dia que te naciste.
tu para mi eres lo mas lindo
que Dios me dio a mi vida y a
hermanos. yo quiero siempre que
eres muy linda tienes unas pecinicas
preciosas, yo quiero ser mejor para
ti en tu futuro y que Dios te
acompane siempre todo lo que tu
quieras que sea lo mejor para ti





LA MADRE ES

INFINITA

NUNCA MUERE

AMOR ENCARNADO

LENGUA VIVA

LENGUA MATERNA

